

CONCLUSIÓN

La novela, en su función estética, no puede ser superior al arte que le da su razón de ser. Hemos visto en los párrafos anteriores cómo varios novelistas argentinos se han valido de diversos recursos narrativos y estilísticos para producir interesantes efectos artísticos. La narración en primera persona, que se nota en las tres novelas aquí tratadas, representa uno de los medios más obvios para lograr una impresión estética en la sensibilidad del lector. Este tipo de narración, bien que tiende a imponer ciertas limitaciones novelescas al relato, entre ellas el desatender al fondo social, no excluye una variedad de técnicas para desenvolver artísticamente el tema y el argumento. De ahí la forma epistolar en *Los amigos*; el relato que en realidad es una confesión o purga emocional, como en *El túnel*; y el informe múltiple y variado sobre un mismo fondo de realidad, semejante a un gran cuadro calidoscópico, como en *Rosaura a las diez*. Y el denominador común implícito en el arte de Leopoldo Hurtado, Ernesto Sábato, y Marco Denevi es el deseo de explorar a su capricho, pero conforme a altos fines artísticos, todas las posibilidades narrativas y estructurales de sus novelas; es el anhelo de manejar con completa libertad los complicados resortes de la acción y los móviles de conducta. Estas técnicas son la manifestación más clara de su arte, y de ellas depende en gran medida el mérito de sus obras.

LA POESÍA ORIGINAL DE MONTES DE OCA

DR. JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA
San Luis Potosí, S.L.P.

POR LAS CALLES DE SAN LUIS POTOSÍ, embaldosadas de cantera; por las viejas casonas que fueron sus palacios, donde aún lo proclama la piedra del escudo pontificio; por las naves de la catedral que él condecoró con cuanta obra de arte miraba en sus andanzas por Europa, discurre la figura renacentista de Ignacio Montes de Oca y Obregón, Ipanandro Acaico entre los Arcades que "cantando apacentaba su rebaño", tal como el rapsoda griego que le prestó su verso para cifrar vida y poesía.

"A lo largo de sus ochenta y un años plenos vió fenecer al reinado temporal de los Papas y esfumarse un imperio mexicano, pasar cuatro pontífices y muchos reyes, derrumbarse una dictadura que parecía incommovible, estallar la Revolución Mexicana y la guerra europea, transformarse el mapa del mundo y el alma de los pueblos. Saboreó mieles y honores, como pocos quizá; pero también como pocos, gustó acíbares y quebrantos. Supo ser, al mismo tiempo y con extraña plenitud, obispo y constructor apostólico, orador poliglota en las cortes europeas y predicador de humildísimas parroquias rurales; fastuoso como un príncipe del Renacimiento y caritativo como un discípulo de Francisco de Asís. Todo lo fue, y todo supo serlo con grandeza".¹

Tres son los fases de su personalidad literaria. Traductor de los poetas griegos, desde los dieciséis años hasta la plena ancianidad, es el más insigne de nuestros helenistas al interpretar a los bucólicos griegos en versiones que "conservan el perfume original" como advertía don Miguel Antonio Caro; "con asombrosa y rica vena", en juicio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, trasladó al español los cantos triunfales de Píndaro, algunas odas festivas y aligeras de Anacreonte y muchísimos Epigramas de la Antología; después de

¹ GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE. *Montes de Oca humanista. Abside*, México, junio de 1940, p. 28.

un silencio de casi veinte años tradujo *El rapto de Elena* de Coluto de Licópolis, y *La argonáutica* de Apolonio de Rodas, sueño y afán de largo tiempo, cuyas octavas resplandecen "como bloques de mármol".

"Nadie negará a Montes de Oca, juzgaba Menéndez y Pelayo, uno de los primeros lugares entre los poquísimos buenos traductores de poetas griegos que posee nuestra lengua".

Orador fecundo, cuyos discursos junto con sus Pastorales se guardan en ocho gruesos volúmenes, la severa claridad de la exposición, la argumentación robusta, la elegancia difícil, se aunaba al aplomo y gallardía en el ademán, la impecable dicción, la voz cálida y el cautivante imperio que en el auditorio ejercía. Amado Nervo evocará en sus recuerdos de adolescente al "chico de trece años" que era "Todo ojos y oídos" escuchando la elocuencia de Montes de Oca.²

Del poeta original quiero hablaros en esta ocasión; quizá porque constituye la fase menos valiosa de su obra, ha sido la menos detallada, según contamos, especialmente en el análisis de Gabriel Méndez Plancarte, con el estudio definitivo acerca de sus versiones griegas y latinas.³

I

La bibliografía poética de Ipanandro Acaico se contiene en seis libros. *Ocios poéticos* fue el primero y el único que vio dos ediciones; impreso en México en 1878, fue reimpresso en Madrid en 1896, en edición "muy aumentada". "Hice una tirada de pocos ejemplares, destinados más bien a mis amigos que al público en general. Con grata sorpresa vi que en pocos días se agotó la edición".⁴

Se trata de un libro singular en la producción de Montes de Oca en cuanto que reúne poesías originales y traducidas del griego y del latín, y en cuanto que es el libro que ofrece la poesía más variada por el tema y las estructuras métricas.

Los libros que siguen a *Ocios poéticos*, son invariablemente colecciones de sonetos, todos ellos publicados en Madrid en pequeños y finos tomos de extraordinario gusto: *A orillas de los ríos* de 1917 con algunas versiones o paráfrasis griegas; *Otros cien sonetos*, de 1918; *Nuevo centenar de sonetos*, de

² *Epistolario de Ipanandro Acaico*. JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. San Luis Potosí, *Con el perfil de Estilo*. 1952, p. 74.

³ En *Abside*. México, en los números de junio, julio y agosto de 1940.

⁴ Prólogo a la segunda edición.

1921; *Sonetos jubilaires* del mismo año, y los *Sonetos Póstumos*, editados en México el año de 1941.

Sólo algunos de estos poemas, antes de ser recogidos en libro, fueron publicados por Montes de Oca en revistas mexicanas y españolas. Cuanta poesía escribió, vio la luz de imprenta.

Solía escribir sus versos en el papel de su correspondencia exornado con su escudo; o en breves, preciosos cuadernos, como el manuscrito de *Ocios poéticos* que yo guardo con afecto, de pastas de piel negra y cantos de oro.

Hay sonetos enteros sin el más leve retoque. Apenas alguna estrofa relegada; pero eso sí, numerosos versos corregidos. Sobre la palabra tachada, escribe la lección definitiva con aquella su letra menuda, apresurada, siempre legible.

¿Cuál ha sido la actitud de la crítica frente a la poesía original de Ipanandro Acaico? En el prólogo de la segunda edición de *Ocios poéticos* el propio autor afirma que el libro suscitó "grandes elogios en España y en México aun de escritores de diversas ideas religiosas, políticas y literarias".

Recordaríamos entre otros contemporáneos, los juicios encomiásticos de Victoriano Agüeros y de Pesado, de Casimiro del Collado y de Ambrosio Ramírez, traductor potosino de toda la obra lírica de Horacio.

"A la tempestad de alabanzas que duró algunos años, continúa el propio Montes de Oca, sucedió una tormenta de vituperios", desencadenada especialmente por Guillermo Prieto y Manuel Gutiérrez Nájera en México y por Leopoldo Alas "Clarín" y Antonio de Valbuena de España.⁵ "Encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno", se queja con tristeza; "y los siguieron en su ingrata tarea multitud de zoilos de diversas escuelas, que añadieron a la censura de los versos la injuria personal".

Sus amigos más fervientes se apresuraron a manifestarle su adhesión.

Desde Washington, don Juan Valera le escribía: "He leído los artículos críticos de Gutiérrez Nájera que Ud. me ha enviado, pero ni los hallo bastante buenos para que me interesen, ni bastante desatinados para que me diviertan. Hay en ellos esas afirmaciones pedantescas infundadas a que está uno acostumbrado. Dice el autor que Ud. no es poeta, como no lo es Menéndez y Pelayo. Me parece que bien puede Ud. ser desterrado del Parnaso en tan buena compañía. Ya fundarán Uds. otro donde quiera que vayan".⁶

A su vez, don Marcelino le decía en carta desde Santander: "He leído la insulsa crítica de Clarín. Y no porque él sea tonto, sino porque la pasión política lo ciega. Es un condiscípulo mío llamado Leopoldo Alas, discreto y

⁵ *Ripios ultramarinos*, Madrid 1905, pp. 5-62.

⁶ *Epistolario de Ipanandro Acaico*, *ib.*, p. 44.

gracioso a veces; pero demagogo e impío como un diablo, y muy aficionado a la carne de clérigo".⁷

Es claro que aquellos críticos advertían la débil inspiración poética de Ipanandro; pero también es claro que sus juicios se enturbiaban con otras razones que ya no eran de orden literario, según desobedecían al viejo precepto de Marcial que permite censurar la obra con tal que se perdone al artífice.

Montes de Oca se limitó a contestar toda esa alta marea de adversarios con una sola frase estampada en el prólogo de la segunda edición de los *Ocios poéticos*: "No temo, porque no aspiro a adquirir gloria".

Frente a los fáciles elogios de unos y la severísima censura de otros, contrasta el prudente silencio de Menéndez y Pelayo, generoso en alabar cuanto el obispo traduce de los griegos hasta el encomio más superlativo, benévolo acogedor de sus discursos, pero reservado siempre ante la poesía original, salvo cuando debe agradecerle "la elegante ora sáfica que usted me dedicó".⁸

Los dos beneméritos manuales, pese a sus obvias deficiencias, que han difundido el interés y el conocimiento de nuestra historia literaria, reservan sendos aplausos a la obra lírica de Ipanandro. Don Julio Jiménez Rueda afirma que la poesía original de Montes de Oca es "de impecable y purísimo fondo. No pierde jamás el obispo la compostura esencialmente académica. Talla sus versos en mármol y labra en él las figuras de perfección y de blancura excepcional".⁹ Don Carlos González Peña expresa con hipérbole a su vez: "Como poeta original es acabada e inconfundiblemente clásico; pero con un primor, con una elegancia, con una vibración de sensibilidad que no fueron por cierto antes de él, comunes. En particular hay una forma, el soneto, que domina con soltura y maestría, y de la que ha dejado cosecha abundantísima".¹⁰

Asordinando estas alabanzas, Gabriel Méndez Plancarte invitaba a los críticos para que continuaran el ejemplo de Menéndez y Pelayo, siempre "tan parco en elogios para las poesías originales de Ipanandro Acaico. Juzgo que también en eso debemos imitar al insigne Maestro".¹¹

Débese a Octaviano Valdés, el exquisito traductor de Landívar, el juicio más certero y sagaz sobre la lírica de Ipanandro: "Su estilo, fruto lógico de su educación rica y fecunda, guarda siempre el decoro, desechando el desali-

⁷ *Ib.*, p. 31.

⁸ *Ib.*, p. 28.

⁹ JULIO JIMÉNEZ RUEDA. *Historia de la Literatura Mexicana*. México, Ediciones Botas, 1942, p. 147.

¹⁰ CARLOS GONZÁLEZ PEÑA. *Historia de la Literatura Mexicana*. México, Editoriales Cultura y Polis, 1940, p. 223.

¹¹ *Horacio en México*. México, Ediciones de la UNAM, 1937, p. 148.

ño y aun el uso trillado de expresiones convencionales. Pero la mayor parte de su obra poética, es seca y de muy débil inspiración. A través de su verso resuena el acento del orador y del cultivado humanista que piensa y siente, pero sin conseguir el hallazgo luminoso del punto de vista original, ni menos traducirse en emoción poética. Sólo de cuando en cuando, alguna alondra solitaria rompe la monotonía de centenares de sonetos en monótono desfile. La debilidad poética de Ipanandro Acaico se agrava por su actitud artística —temperamento y escuela— gobernada por una especie de esteticismo platónico frío y exterior. Sus ojos pasan sobre los objetos, como quien acaricia un mármol, complaciéndose en la sensación de sus sabios perfiles, pero sin esforzarse en percibir la onda vital que circula bajo la gelidez de la epidermis".¹²

Tal ha sido la trayectoria crítica de la lírica de Ipanandro Acaico, al ritmo de los gustos, las pasiones y los tiempos, desde el ardiente panegírico de sus amigos hasta la mofa cruel de sus adversarios, sin que haya faltado ni la cautela ni el olvido. Cerrado el periplo de esta aventura, hoy podemos recoger entre el evidente ramaje algunas flores vivas de aquella fecundidad; porque todavía octogenario, el poeta florecerá con pujanza lírica increíble.

Para conocer las predilecciones literarias y las lecturas poéticas de Ipanandro Acaico, bueno será entresacar, en un breve y aleccionador catálogo, los nombres de poetas con que de vez en cuando esmalta su propia poesía.

De las letras latinas, cita a Virgilio, Horacio, Ovidio, Catulo, Estacio y Marcial. De las españolas, al "dulce Garcilaso", al "divino Herrera", a Fray Luis de León de quien evoca su *Profecía del Tajo*, a Cervantes y al "célebre Espronceda".

De Inglaterra recuerda a Milton y a Lord Byron, a quien llama "vate sublime". De Italia, al "Dante divino" y "de Tasso el dulce canto". De Francia, evoca a Chénier según de Víctor Hugo increpa: "A Víctor Hugo nunca sus barreras abra Pirene".¹³

Entre nuestros escritores mexicanos, menciona a Juan Ruiz de Alarcón, a Fernando Calderón, a Riva Palacio, doce veces a José Sebastián Segura y a Enrique Fernández Granados en su seudónimo de Fernangrana. Pero indudablemente sus griegos armoniosos y melencólicos transcurren como símbolos vivos de lo que él llama "la elegancia", "la sublime y pura clásica forma".¹⁴ ¿Cómo no recordar el inofensivo incidente epistolar entre Montes de Oca y Pagaza, pastores y árcades ambos, cuando el Obispo de San Luis Potosí envió

¹² *Poesía Neoclásica y Académica*. Biblioteca del Estudiante Universitario. Núm. 69, México, UNAM, 1946, pp. XXXV-XXXVI.

¹³ *Ocios Poéticos*, p. 10.

¹⁴ *Ocios Poéticos*.

al de Veracruz el discurso de Mantenedor de los Juegos Florales de 1913 en que elogiaba los méritos de Manuel José Othón?

En ese discurso, Montes de Oca glosó aquellos sonetos en que Othón anhela recibir la flauta de la inspiración poética precisamente de las manos de Pagaza.

"A mí me hubiera agradado, decía Ipandro Acaico, que la musa al encontrar (la flauta) después de prestarla a Teócrito, la hubiera entregado al propio Manuel José Othón, sin que pasara por tantas manos; a los admiradores de la sencillez y la virilidad helénica nos place más beber en la fuente de Aretusa que en los lejanos estanques, a donde llega el agua del apartado manantial, más dulce, pero menos cristalina".

Cuando Pagaza leyó este párrafo del discurso que le había mandado Montes de Oca, le contesta con generosa prudencia: "Desde que llegó el discurso, lo he leído a trechos; más no puede desde el primer día, ni puedo ahora ver las cosas como usted las ve en los tres sonetos que me dedicó el bien querido Manuel José Othón. Pero no es tiempo de pensar en tales cosas"... Naturalmente que Pagaza no podía estar de acuerdo por varios motivos; o por el aprecio entrañable con que distinguió al autor de los "poemas Rústicos", o porque sencillamente se le había comparado a "lejano estanque" de agua "menos cristalina". Todo sea por los griegos.¹⁵

4

¿Cuáles fueron los principales temas que descifraron la inspiración del poeta?

Desde luego la Biblia, renovada fuente de gracia, tanto en sus páginas del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Hay toda una constelación de poemas con los que podrían integrarse otras "figuras de la Pasión".

La hagiografía es una de las fuentes más fecundas; la liturgia le presta el esplendor de sus símbolos y la historia de la Iglesia le aviva recuerdos de gloria o de dolor. Pero, como Pagaza, no es un poeta religioso; cuando se atreve con el tema sacro, su voz no encuentra ni la hondura de la emoción, ni la viva y palpitante entraña del cántico.

Habría que situar el mayor caudal de su producción lírica en la poesía de ocasión, la desprestigiada que ha podido motivar memorables poemas de ayer y de hoy, cuando el poeta logra rimar ocasión y corazón.

En el prólogo a *Nuevo Centenar de Sonetos* advierte Montes de Oca: "La

¹⁵ *Epistolario de Joaquín Arcadio Pagaza*. JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA. San Luis Potosí, *Con el perfil de Estilo*, 1960, pp. 12 y 13.

mayor parte de los sonetos tienen por asunto los grandes acontecimientos religiosos en que he tenido la fortuna de tomar parte. Con algunos pago deudas sagradas de gratitud y amistad. Otros en fin, de lúgubre nota, me han sido inspirados por la repentina y grave enfermedad que me acometió (y)... que dos veces me puso a orillas del sepulcro".

En cuanto al paisaje, ni lo ve ni lo comprende. A pesar del título prometedora *A orillas de los ríos*, ellos son apenas una referencia geográfica y no esas puras y enormes creaturas vitales y musicales que, como en la amistad, encuentran al poeta o lo hacen.

Sólo la luna logra entusiasmarlo, la única creatura que mira de frente, la luna que denuncia el pequeño punto de romanticismo que latió en su espíritu.

PLENILUNIO DE SEPTIEMBRE

*¡Diana gentil! Cual nunca esplendorosa
surgir te miro de la mar serena;
tu rostro todo ofusca y todo llena
con su fulgor; pero es tu andar de diosa.*

*Apenas se vislumbra la preciosa
veste sutil, que el aire desordena;
la aljaba en tus espaldas de azucena
el contorno en tu pie color de rosa.*

*En las blondas estrellas que a distancia
te siguen, a tus ninfas adivino
por las que exhalan, celestial fragancia.*

*Y bendigo a tu numen, y a mi sino,
que traen a las puertas de mi estancia
de tu beldad el esplendor divino.¹⁶*

Cuando se inspira en los temas griegos, enhiéstase la inspiración conforme el estilo se aroma con aquella sutil y vieja hermosura. Ahí habrá que buscar las mejores páginas, ahí y en la poesía autobiográfica.

Nunca tan sincero y tan humano y tan poeta, como cuando el dolor nubló

¹⁶ *Nuevo Centenar de Sonetos*, p. 57.

sus ojos, y la adversidad le dejó desposeído sin libros ni palacios, y la muerte le advirtió la hora definitiva de la última azada.

*Quiero imitar la mansedumbre heroica
con que perdieron, Job, salud y hacienda,
con sus pupilas el fulgor, Tobías.*

*Y sin dejar mi indiferencia estoica,
plantar aquí y allá mi errante tienda
al eco de cristalinas melodías.¹⁷*

La fastuosidad de la mañana cede a la nostalgia de la dudosa luz del día con estos suspiros de transida resignación que desconocía su lira helénica de antaño:

*hierba no tiene que llevar mi diestra
a las ovejas que cargué en mis hombros.¹⁸*

Se desmorona mi vigor de roca.¹⁹

Enfermo, desterrado, incompredido y pobre, se le abre una nueva voz, honda y quemante como una llaga:

*Triste, mendigo, ciego cual Homero
a su montaña Ipandro se retira,
sin más riquezas que su vieja lira,
ni báculo mejor que el de romero.*

*Los altos juicios del Señor venero,
y al que me despojó vuelvo sin ira
de mi mantel pidiéndole una tira
y un grano del que ha sido mi granero.*

*A qué mirar con fútiles enojos
a quien no puede hacer ni bien ni daño
sentado entre sus áridos rastros.*

¹⁷ *A orillas de los ríos.*

¹⁸ *Ib.*, p. 93.

¹⁹ *Nuevo Centenar de Sonetos*, p. 107.

*Y sólo quiere, en su octogésimo año,
antes que acaben de cegar sus ojos
morir apacentando su rebaño.²⁰*

5

Engendrado a la vida espiritual por Europa desde sus años mozos; empedernido viajero que cruzó el mar por cien veces cuando la medalla del mérito naval, por la hazañosa aventura, llegó tardíamente para condecorar el cadáver; flamante y suntuoso en los castillos, de turbante y florida barba en los desiertos, aquel corazón cosmopolita sabía, como Rubén, el otro trotamundos, que no hay patria pequeña, y para México reservó los latidos más íntimos de su amor.

En su poesía yérguense las cumbres luminosas de nuestros volcanes, agítase la colosal palmera” y “el bullicioso plátano”, asciende el “humo del óleo mineral”, rompe el cielo “el hablador perico” y la próspera huasteca entreabre su misterio.

Junto a sus dilectas humanidades, se atreven las “indianidades”, como en aquel espléndido elogio de las Pirámides de Cholula exaltadas sobre los egipcios monumentos;²¹ y junto al lenguaje culto y latinizante, no desdeña la evocación de tal cual palabra vernácula. Aun las corridas de toros encuentran su sitio fugaz en su poesía.²²

Ante la técnica que comienza a perforar sus días con inventos inauditos, aquel recio varón vuélvese un niño. Como por la trémula sorpresa del juguete nuevo: “Quien fuera capitán de submarino”; o consagra un soneto a contar las ondas sonoras de la radio. O anhela, ya herido por la muerte, abandonar el lecho.

*Y recorrer volando la campiña
en automóvil de motor ingente.²³*

²⁰ *Ib.*, p. 141.

²¹ *Ocios Poéticos*, p. 371.

²² *A orillas de los ríos*, p. 61.

²³ *Nuevo Centenar de Sonetos*, p. 83.

Gracias al tenaz aprendizaje a que se había sometido desde su mocedad y a las naturales dotes, poseyó tal soltura y facilidad para versificar sobre cualquier tema y desahogo que Menéndez Pelayo la graduó de "prodigiosa". "Más que octogenario", el vigor permanece intacto, inusitado, capaz de producir, según la estadística de sus composiciones últimas, un poema cada tercer día. Gráficamente lo expresó en aquel verso: "De disparar sonetos tengo antojos".²⁴

Enfermo de la vista, como no podía emprender "estudios serios ni artículos de cierta profundidad y largas dimensiones, me limité a escribir sonetos que, sin exigir gran trabajo, llenan agradablemente mis ocios de ciego".²⁵

De los casi 450 poemas originales que escribió, unos 400 son sonetos; pero cultivó aunque en breves incursiones, otras diversas estructuras con predilección por las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana, como los tercetos italianos, los cuartetos endecasílabos, las estrofas sáficas, las octavillas pentasílabas, las octavillas y las octavas italianas, la octava real, el romance en diversa variedad de sílabas (pentasílabo, heptasílabo o anacreóntico, octosílabo y endecasílabo), los endecasílabos libres y aun la rima leonina.

Por su lírica discurren odas, himnos, elegías, canciones, sátiras y epístolas.

Destacaríamos, por su forma gallardamente trabajada, los endecasílabos dedicados a Menéndez y Pelayo "con motivo de su recepción en la Real Academia Española", las marmóreas sáfico-adónicas a don Antonio Plancarte y Labastida en su primera misa, y los nobles tercetos de su elegía *En la muerte del Excmo. Sr. Don Joaquín García Icazbalceta, Director de la Academia Mexicana*.

Recorre con frecuencia a las habituales licencias poéticas, que alguien llamó indecencias poéticas, especialmente a las figuras de metaplasmo; aunque abusa poco de la diéresis y la sinéresis, de que tan fácilmente se sirvieron los grandes de la edad dorada.

La anchurosa fecundidad, la falta de corrección depuradora son las raíces que explican las disonancias y las cacofonías, la asonancia dentro de un mismo verso, las rimas pobres, que de por sí pueden ser opulentas y fastuosas, si el poeta las llena de sustancia lírica. Parodiando a Proust diríamos: "A los buenos poetas, pobreza y tiranía de la rima los fuerza a encontrar sus mayores bellezas".

Su formación y actitud academizante, explican la prosaica languidez, la

²⁴ *A orillas de los ríos*, p. 40.

²⁵ Prólogo a *A orillas de los ríos*.

hueca fraseología como hojarasca muerta ("el húmedo elemento, la bien cortada péñola, la trompa de la fama, la pródiga natura"); las frecuentes inversiones forzadas que son verdadero hipérbaton; los prosaísmos de pensamiento y de expresión y los innumerables latinismos de léxico. Entre otros, baste apuntar: antena, nauta, ponto, vórtice, averno, poma, simulacro, ínsula, formidar, argentar. Y particularmente los adjetivos "cultos" algunos de los cuales presuponen alguna intimidad con la lengua del Lacio: alígero, nefando, lauta, armipotente, tríplice, flébil, fulmínea, célica, tamaño, imbele, lacrimosa.

Nadie había advertido una cierta predilección que Montes de Oca guarda hacia el verso bimembre, precioso y fértil recurso que hace balancear al verso en equilibrios de concepto o de sintaxis, de juegos de colores y de músicas; lección insigne que de Petrarca aprendió a balbucir Garcilaso con evocadora cautela y a derrochar Góngora con barroca munificencia:

*Fingiendo celos o fraguando enojos
ni el tiempo para, ni la edad decrece,
naves sumerges, mástiles doblegas,
ni alianzas rotas, ni alevosas lides...*

Pese a los defectos señalados, el poeta logra el decoro formal según él mismo lo reclama de los demás.

*Todo aprendiz de hablista o de poeta
es fuerza que conozca lengua y rima
antes que en el Parnaso se entrometa,*

*que el metro de medir sin miedo esgrima,
que distinga la ese de la zeta
y que maneje impávido la lima.*²⁶

Nunca lo tentó la idea de versificar en latín, aunque conocía sus misterios y lo hablaba con magistral soltura:

*No entró jamás en mi escolar programa
redactar en latín dístico breve:
y si antes no aspiré, menos me mueve
hoy a imitarlo, de Marcial la fama.*²⁷

²⁶ *Ib.*, p. 46.

²⁷ *Ib.*, p. 97.

En cambio publicó dos sonetos en inglés ya casi con el pie en el estribo. Como sus amigos pensaron y se lo dijeron que esos sonetos acaso serían ejercicio de su juventud porque no era posible que después de más de medio siglo de estudiar en Oxford, poseyera tal dominio del inglés, Montes de Oca escribió de retacho otro poema con esta aclaración: "para disipar sus dudas, compuso Ipanandro esa misma noche un soneto, cuyo borrador le envió sin tardanza".²⁸

Lo que nos recuerda su silencio ante el Pontífice de Roma que le mandó hablar en memorable ceremonia. "Decid al Papa que no he empezado a hablar, porque espero que me diga en qué idioma".

"Recio y noble árbol el que dio tantos y tan ricos frutos, claro varón de rara prestancia el prelado poeta que, para gloria de México y del mundo español, es egregio entre cuantos renovaron en nuestra lengua, el tesoro de la antigua y eterna belleza".

²⁸ *Nuevo Centenar de Sonetos*, p. 144.

FEDERICO GAMBOA: UN ANÁLISIS ESTILÍSTICO

DR. SEYMOUR MENTON
University of Kansas

Los NUEVOS CRÍTICOS han menospreciado a Federico Gamboa como a otros escritores afiliados al naturalismo a causa de su predilección por los aspectos más feos de la vida. Se podría demostrar fácilmente la injusticia de esta actitud. Además, en el caso de Federico Gamboa, estamos en la presencia del único novelista mexicano del siglo XIX cuyas obras están escritas en un estilo verdaderamente artístico. Los prosistas mexicanos del siglo XIX, después de que su país alcanzó la libertad política de España, fueron en busca de su libertad literaria. Obras como *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, *Astucia* de Inclán, las *Novelas Mexicanas* de Rabasa, *Los bandidos de Río Frío* de Payno y *La parcela* de López Portillo y Rojas revelan un estilo espontáneo con palabras y expresiones típicamente mexicanas. Este estilo popular subraya el mexicanismo de las novelas pero de cierta manera disminuye su categoría artística. Aunque los personajes y el ambiente de las novelas de Gamboa son también típicamente mexicanos, sus temas principales —el adulterio, la infidelidad, la seducción, la prostitución, la regeneración religiosa y la regeneración psicológica— son universales y su estilo más culto da a sus obras una impresión de solidez literaria que no está presente en las novelas anteriores. Rubén Darío llama al estilo de Gamboa "castizo en dicción".¹ Domingo Estrada sostiene que uno de los rasgos más atractivos de *Metamorfosis* es su estilo.

El secreto del encanto que su libro produce, y que hace que no se pueda dejarlo de la mano una vez comenzada su lectura, . . . finca principal-

¹ Solapa de FEDERICO GAMBOA, *La Llaga*, 3a. ed., México: Botas, 1947.